

**N**ueva  
**A**ntropología **30**

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

**ESTUDIOS SOBRE LA MUJER:  
PROBLEMAS TEORICOS**

TERESITA DE BARBIERI y ORLANDINA DE OLIVEIRA, Nuevos sujetos sociales: la presencia política de las mujeres en América Latina \* DORA RAPOLD, Movilizaciones femeninas: un ensayo teórico sobre sus condiciones y orígenes \* LOURDES ARIZPE, Las mujeres campesinas y la crisis agraria en América Latina \* ANGELES SANCHEZ BRINGAS, Marxismo y feminismo: mujer-trabajo \* VERENA RADKAU, Hacia una histografía de la mujer \* GAYLE RUBIN, El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo \* MARY GOLDSMITH, Debates antropológicos en torno a los estudios sobre la mujer \* MARTA LAMAS, La antropología feminista y la categoría "género" \* OLIVIA HARRIS, La unidad doméstica como una unidad natural \* CHEYWA R. SPINDEL, La formación de una nueva clase: las mujeres en el proceso de industrialización en Manaus \* DOCUMENTOS \* RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

**NUMERO ESPECIAL DOBLE**

# Debates antropológicos en torno a los estudios sobre la mujer

Mary Goldsmith

---

A raíz de los movimientos feministas y estudiantiles de los finales de la década de los sesenta se despertó un gran interés en la investigación y la docencia respecto a la condición femenina.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En el sentido más amplio, se entiende por feminismo una visión del mundo que destaca el hecho de que por lo menos en las sociedades capitalistas las mujeres constituyen un grupo subordinado en comparación con los hombres, de esta visión se desprende la lucha política por terminar con dicha discriminación. Hay distintas posturas teóricas entre las feministas que se reflejan en las tácticas y estrategias que adoptan. Dentro del feminismo contemporáneo, se ha hecho distinción entre el feminismo reformista, el radical y el socialista. Aunque puede haber sobreposición entre estas tres ten-

dencias, también se puede hacer una caracterización, quizás un poco burda, que resalte las divergencias. Las reformistas plantean que se puede lograr la igualdad de la mujer dentro de la sociedad capitalista; luchan sobre todo dentro del terreno legal al buscar garantías para que la mujer tenga las mismas oportunidades y derechos que el hombre. Las feministas radicales y las socialistas cuestionan más a fondo al orden existente. Las radicales plantean que los hombres, como grupo, son los principales beneficiarios de la subordinación femenina y que las distintas formas de opresión que se dan en la sociedad se derivan de eso. Las socialistas, si bien no siempre aceptan la conceptualización de contradicciones primarias y secundarias, dan mayor énfasis a la lucha de clases y hacen hincapié en que no se puede dar la liberación femenina sin el socialismo.

Por ello surgieron los llamados "estudios sobre las mujeres" que desencadenaron un profundo cuestionamiento dentro de la disciplina de la antropología.<sup>2</sup> Al poner en duda la validez científica de investigaciones que se habían llevado a cabo con grandes premisas y/o sesgos etnocéntricos, androcéntricos y clasistas, se hizo necesaria la reconsideración de algunos de los postulados básicos de esta disciplina, inclusive de unos tocantes a la naturaleza y la evolución humana. En el presente ensayo, hago el intento de proporcionar una visión sucinta y general de algunos aspectos de los estudios entropológicos que se han realizado sobre la condición femenina, así como del proceso que la aparición de dichos estudios generó dentro del medio académico antropológico. Concretamente, me dirigiré a los siguientes puntos: primero, cómo y por qué surgieron tales estudios a partir de los años setenta en el caso concreto de los Estados Uni-

dos;<sup>3</sup> y segundo, cuáles eran los campos iniciales de interés, y cómo ha sido el desarrollo de la investigación en esos mismos.<sup>4</sup>

## I

Las preocupaciones centrales tanto de la docencia como de la investigación

<sup>2</sup> En las décadas anteriores, la condición femenina rara vez había sido tema específico de investigación o discusión desde la perspectiva antropológica. Por lo general, cuando se hacía referencia a la mujer, no era como sujeto social propio, sino como un elemento más dentro del contexto de trabajos amplios sobre el parentesco. El discurso de Evans Pritchard sobre las mujeres en las sociedades "primitivas", impartido en 1955, fue una excepción, aunque reafirmó los estereotipos.

<sup>3</sup> Me dirijo sobre todo al caso de los Estados Unidos en gran medida por el simple hecho de que lo conozco mejor personalmente, dado que, durante los setenta, fui estudiante de la licenciatura y del posgrado en antropología y una de mis áreas de especialización en el doctorado fue precisamente el estudio transcultural sobre las mujeres. También vale la pena hacer notar que el debate en la antropología sobre la condición femenina se ha dado principalmente en Estados Unidos e Inglaterra, y en mucho menor grado en Francia y España; en México, sólo en los últimos años ha empezado a ser tema de unos cuantos cursos e investigaciones.

<sup>4</sup> Hay una serie de ensayos e introducciones a libros de texto y/o antologías que sintetizan los principales problemas teóricos y metodológicos involucrados en los estudios antropológicos sobre las mujeres. Entre éstos, algunos de los más notables son: Schlegel (1977); Reiter (1975; 1977); Rapp (1979); Rosaldo y Lamphere (1974); Kessler (1976); Bourguignon (1980); Rosaldo (1974, 1980); Tiffany (1979); Harris y Young (1979); Lamphere (1977).

de los nuevos estudios de la mujer fueron no sólo describir lo que significa ser mujer, sino comprender el por qué de la opresión femenina y buscar estrategias para erradicar esa misma. El libro de Shulamith Firestone, "La dialéctica del sexo", publicado en 1970, alentó el debate respecto a estos puntos.

La autora, una de las principales exponentes del feminismo radical, indica que el varón constituye el enemigo central de la mujer. A la vez, al analizar las bases para la opresión femenina, se remite a lo biológico; plantea que la mujer es subordinada por el hecho de parir y criar niños; por lo tanto, propone como solución a esto, la negación a la maternidad femenina y en su lugar, los niños de probeta.

Dado que su propuesta no era del todo satisfactoria, muchas feministas consideraron que la antropología, por su enfoque transcultural e histórico, podría proporcionar por lo menos algunas pistas con respecto a los orígenes y a la incidencia de la subordinación femenina.

A principios de los años setenta, las estudiantes que solicitaron cursos sobre la condición femenina, se enfrentaron a la dificultad de encontrar personas que estuvieran capacitadas y dispuestas a impartir esos mismos. Aunque había, por lo general, una mayor matriculación de estudiantes femeninas, a nivel del profesorado había una mayor presencia masculina. Esto se explica en parte por las prác-

ticas sexistas tanto en la capacitación de antropólogos, como en el ejercicio de esta profesión. Hay algunos casos célebres, tales como el plagio por parte de Radcliffe Brown de un trabajo de Daisy Dates, una antropóloga condenada al olvido (Rohrlich-Leavitt, Sykes y Weatherford, 1972). Sin embargo, por lo general, no se ha documentado, sistematizado, ni denunciado públicamente la discriminación a la cual fueron sujetas las antropólogas tanto estudiantes como profesionistas.

En la mayoría de los casos, fue material de confidencias entre las mismas mujeres; en otros, se le dio un tratamiento más político, al ser tema de pequeños grupos de concientización feministas. La gama de estas experiencias es demasiado amplia para analizarla aquí exhaustivamente. Incluía por ejemplo, bromas sexistas (v. gr. la "recomendación" por parte de un profesor a una estudiante embarazada que debería estar en su casa tejiendo chambritas); hostigamiento sexual abierto por parte de profesores y colegas; plagio de material por parte de compañeros, maridos y profesores; falta de acceso a las redes profesionales informales masculinas (v. gr. la salida después de terminar la clase para tomar unas cervezas y seguir comentando un punto interesante), etc.

La única constante es que todas las antropólogas hemos enfrentado problemas específicos, como mujeres, para estudiar y desempeñar nuestra

profesión.<sup>5</sup> Sin embargo, hay también que señalar que el hecho de tener estas vivencias, no siempre genera una conciencia feminista.<sup>6</sup>

Muchas antropólogas, por haber superado estas y otras dificultades vinculadas al hecho de ser mujer, adoptan una actitud de "la reina de las abejas", y utilizan su propio ejemplo para refutar la existencia del sexismo.

Aunque en teoría un varón podría asumir posiciones feministas y/o impartir cursos sobre la condición femenina, generalmente esto no ha sido el caso.

Muchos antropólogos (masculinos) vieron tanto a los estudios sobre

la mujer, como al movimiento feminista en general, con burla, desprecio y/o desinterés.

Y frecuentemente este nivel de hostilidad se mostraba todavía más marcado entre los antropólogos marxistas; muchos desacreditaron al feminismo políticamente por ser supuesta-

<sup>5</sup> Habría que aclarar que la discriminación hacia la mujer no es exclusiva dentro de la antropología, sino que se da en todas las profesiones. Sin embargo, hay problemas específicos a los cuales se enfrentan las antropólogas. Por ejemplo, las antropólogas casadas y/o con hijos están más restringidas cuando desempeñan trabajo de campo por sus responsabilidades familiares que sus colegas masculinos. Esta limitación no se deriva tanto de la discriminación dentro de la antropología, sino más bien de la sociedad en su conjunto. Además, valdría la pena destacar el hecho de que, no obstante que las observaciones que se hacen aquí se refieren principalmente a las vivencias concretas de antropólogas norteamericanas, se ha podido detectar en base a conversaciones de la autora con compañeras mexicanas, que hay, problemas parecidos.

<sup>6</sup> Se encuentra que algunas autoras tales como Rohrlch Leavitt, Sykes y Weatherford (1975) han argumentado que se puede observar una perspectiva femenina versus una masculina en algunos trabajos de investigación. Ellas sostienen que una investigadora, por su condición de oprimida en la sociedad de la cual es miembro, es mucho más sensible a las cuestiones que aluden a situaciones parecidas al realizar el trabajo de campo. Aunque por el mismo proceso de socialización se dan diferencias en cognición según el género, me parece que las autoras citadas son algo románticas en su apreciación. Otro punto del trabajo de campo que es relevante a la discusión es la cuestión de cómo el sexo del investigador(a) incide en su acceso a diferentes aspectos de la vida social. A veces el hecho de que el contacto del antropólogo varón se restringe principalmente a las áreas de vida masculinas y al trato con los hombres explica en parte la omisión de datos importantes sobre las mujeres. Al tomar este hecho en cuenta, Siskind (1973) como mujer, conscientemente privilegia la vida cotidiana femenina en su etnografía sobre los Sharanahua, un grupo de la Amazona.

mente sectario o pequeño burgués.<sup>7</sup> En 1973, dos antropólogas marxistas, Marrioti y Schoepf, respondieron a esas críticas en una ponencia presentada en la reunión anual de la American Anthropological Association, "The Politics of Theory: Participant Observation in the United States", en la cual intentaron legitimizar políticamente al movimiento feminista y a los estudios sobre la mujer; posteriormente fue publicada en una antología en 1975.

Otro problema que había que enfrentar con respecto a la organización

<sup>7</sup> A veces tales acusaciones asumían una visceralidad muy marcada. Había ambigüedad si se referían a los planteamientos o a las características de las integrantes del movimiento feminista. Últimamente se ha aclarado que el feminismo en realidad ha sido uno de los movimientos más pluriclasistas y étnicos que se han dado en Los Estados Unidos. También es interesante notar que la gran mayoría de las antropólogas que empezaron a incursionar en el campo de los estudios sobre la mujer ya tenía cierta trayectoria de izquierda. Entre las de más renombre (como Gough y Leacock) esto significó tener una historia de denuncia y crítica dentro de la disciplina de la antropología, sobre todo frente a cuestiones éticas. Entre las jóvenes, principalmente las estudiantes de posgrado o recién recibidas, muchas ya habían participado en el movimiento estudiantil, en organizaciones partidarias, protestas por la guerra en Vietnam, etc.

de cursos y/o la investigación sobre las mujeres era la búsqueda de materiales referidos al tema. En un intento heroico de recuperar y sistematizar este material, Sue Ellen Jacobs hizo una bibliografía muy extensa que era como una guía para estudios transculturales sobre las mujeres. Entre 1971 y 1973 ésta circulaba engargolada rústicamente; posteriormente fue publicada por la editorial de la Universidad de Illinois. Sin embargo, se halló que mucho de este material era de acceso difícil y de calidad muy dispareja; además, relativamente muy pocos estudios se habían realizado con un enfoque antropológico, propiamente hablando. Entre estos últimos, se encontraban algunas historias de vida (v. gr., de una mujer Pápago, Underhill, 1936; de una mujer Winnebago, Lurie, 1966); unos cuantos estudios etnográficos (v. gr., sobre las aborígenes Australianas, Kaberry, 1939; Goodalo, 1970; sobre las Iriquois, Randle, 1951; sobre las Tzotzil, Horcasitas de Pozas, 1959; sobre las indígenas centroamericanas, Gamio de Alba, 1967) y una que otra antología regional (v. gr., sobre mujeres Africanas, Paulme, 1960; sobre campesinas europeas, Sweet, 1967). Además, había estudios enfocados hacia algunos aspectos relevantes de los sistemas de parentesco y matrimonio; hacia prácticas relacionadas a la maternidad y la crianza de los niños; hacia los ritos de pasaje; y hacia la división sexual de trabajo. Las obras de Margaret Mead, sobre todo "Sexo y Temperamento en Sociedades Primitivas" y

“Macho y Hembra”, se destacan como trabajos pioneros en este campo. Es importante señalar que la mayoría de estos trabajos anteriores no tuvieron mucha influencia en las metodologías utilizadas posteriormente, ni en las posiciones teóricas sostenidas por las investigaciones realizadas a partir de la década de los setenta. Más bien, se aprovecharon estos trabajos para hacer una reinterpretación de los datos empíricos, contribuyendo así al estado de conocimiento del *estatus* de la mujer en las sociedades no occidentales. Los trabajos de Mead y de algunas de las contribuciones de la antología compilada por Sweet (Friedl y Riegelhaupt en especial) tuvieron mayor trascendencia que los otros para las nuevas antropólogas feministas. Las aportaciones de Mead han servido para cuestionar tanto el papel determinante de la biología en los papeles sexuales, como la constancia universal de estos últimos. La importancia de los trabajos de Friedl y Riegelhaupt reside más bien en el marco de análisis que ofrecieron. Friedl utilizó las categorías de las esferas privadas y públicas de poder para interpretar la situación de las campesinas griegas; Riegelhaupt empleó la dicotomía semejante de papeles formales e informales en su investigación sobre las portuguesas.<sup>8</sup> Tanto Chiñas (1973) en su estudio sobre las Tehuanas, como Reiter (1975) en su investigación sobre campesinas francesas, se inspiraron metodológicamente en los trabajos de Friedl y Riegelhaupt.

Al inicio de los setenta, se buscaron los modos necesarios de superar estas dificultades y empezaron a proliferar tanto cursos como investigaciones sobre mujeres por parte de las antropólogas norteamericanas. En algunos lugares, como Filadelfia, Nueva York, Storrs (Connecticut) y Stanford, se formaron colectivos de antropólogas con el fin de ofrecer un foro de debate y también darse apoyo mutuo. Al impartir cursos frecuentemente trabajan en equipo y las profesoras, a menudo estudiantes del posgrado, innovaron métodos pedagógicos con el fin de romper con la jerarquía existente entre maestra y estudiante. En 1970, se publicó una antología compilada por Peggy Golde en la cual varias investigadoras relatan sus experiencias personales de trabajo de campo, que servía para que las antropólogas se cuestionaran respecto a lo que el hecho de ser mujer significaba para el desempeño de su trabajo. Ese mismo año, un artículo de la antropóloga Karen Sacks sobre las bases sociales de la desigualdad sexual fue publicado en la ya clásica antología general feminista, “Sisterhood is Powerful”; al año siguiente, un artículo general respecto a perspectivas trans-

<sup>8</sup> Los conceptos que Friedl y Riegelhaupt utilizaron ya eran comunes en la antropología; lo novedoso consistió en su aplicación al estudio de la mujer. Para mayores detalles sobre estos conceptos, ver Wolf (1966, 1969).

culturales sobre mujeres, escrito por Leavitt, apareció en otra compilación, "Women in Sexist Society: Studies in Power and Powerlessness". Y dentro del contexto de una discusión más amplia, Gough (1971) y Leacock (1972) hicieron aportaciones significativas al debate sobre la condición femenina en sociedades preindustriales.

En 1971, se presentaron las primeras mesas de ponencias sobre mujeres en la reunión anual de la American Anthropological Association celebrada en la ciudad de Nueva York. Y para 1972, ya existían más de diez cursos y seminarios sobre el mismo tema y ofrecidos en varias universidades, entre las cuales figuraban Stanford University, San Francisco State College, University of California (Santa Cruz, Irvine y Berkeley) y Cambridge-Godard Graduate School.

## II

Una de las tareas principales de las antropólogas feministas era hacer, en primera instancia, una crítica a los textos y perspectivas ya existentes respecto a la condición de la mujer. Se señalaba que en muchos casos estos estaban permeados por el androcentrismo y el etnocentrismo de los mismos antropólogos.

Y, a la vez, se recalca que en todo caso los defectos metodológicos y teóricos de estos trabajos hacía cuestionable su validez científica.

Los planteamientos de los evolucionistas sociales del siglo diecinueve fueron el objeto inicial de muchos de estos análisis. Terry Fee (1974), en uno de los trabajos pioneros de esta tendencia, hizo una crítica a los exponentes de la antropología victoriana, concretamente a McLennan, Maino, Dachofon, Lubbock, Morgan y Spencer, quienes, a través de sus investigaciones, justificaron las relaciones de género existentes en sus propias sociedades.

La autora señala que en sus trabajos plantearon que la culminación de la historia humana es la civilización; esta última se caracteriza por cierto orden social, que incluye la familia nuclear, la monogamia y la subordinación de la mujer. De alguna manera, estos fenómenos representan la victoria de lo cultural sobre lo natural. El hecho de cuestionar su existencia, sugiriendo el regreso a otras formas de relaciones sociales, significaría el retroceso a un pasado "salvaje".

M. Kay Martin y Barbara Voorhies (1975) hicieron una crítica más generalizada a las diferentes escuelas teóricas de la antropología. Hicieron observaciones semejantes a las de Fee respecto al darwinismo social. Además criticaron a los funcionalistas y a los estructurofuncionalistas quienes, según ellas, tendían a tomar por premisa la subordinación femenina, sin necesidad de buscarle una explicación. También cuestionaron a los neoevolucionistas por el fetichismo que manifestaban frente a la importancia de la cacería

como actividad masculina en la evolución humana.<sup>9</sup>

Esta última posición ha generado una crítica aguda por parte de las nuevas antropólogas feministas. Tal es el caso de Sally Slocum quien (1975) presentó otra versión de la evolución homínida. Ella rechaza la perspectiva de "el hombre cazador" por sus fallas metodológicas, entre las cuales figuran la virtual exclusión de las mujeres como participantes y la importancia desmedida que se asigna a la agresividad masculina como catalista implícita de la evolución homínida, además de los problemas que se presentan en el desarrollo de la lógica del argumento. Según esta autora, desde la visión presentada por Washburn y Lancaster, dos de los exponentes más típicos de esta corriente,

"... mientras los machos estaban fuera cazando, desarrollando todas sus habilidades, aprendiendo a cooperar, inventando el lenguaje, inventando el arte, creando instrumentos y armas, las pobres mujeres dependientes se quedaban sentadas en el

hogar base pariendo un hijo detrás de otro (y muchas de ellas muriendo en el proceso), y esperando que los machos trajeran a casa la comida".  
(39-10)

Slocum, en base a datos etnográficos sobre grupos existentes de cazadores y recolectores, a información sobre primates no humanos, por la evidencia arqueológica y paleontológica, construye un análisis alternativo del modo de subsistencia y de las relaciones sociales entre nuestros antepasados más lejanos. Así, Slocum indica que a lo mejor la relación madre-hijo(a) tuvo primordial importancia entre los grupos de protohumanos. Estos grupos se sostenían principalmente en base a la recolección y, en menor grado, de la cacería de piezas pequeñas, que fue organizada por el conjunto madre-hijos(as), y por estas funciones, no tanto por la cacería de piezas grandes, se desarrollaron los lazos de cooperación social. Además señala que a lo mejor los primeros y más importantes inventos culturales fueron algún tipo de recipiente para llevar los frutos de la recolección y una red para cargar un bebé. También sugiere que algunos restos arqueológicos que se han considerado armas para la cacería más bien pudieran ser instrumentos utilizados en la recolección. Señala que el proceso de selección por un incremento en el tamaño del cerebro, en vez de ser el resultado del desarrollo de las habilidades requeridas por la cacería, más

<sup>9</sup> Esta perspectiva se puede ver con mayor detalle en la antología "Man the Hunter", editada por Richard B. Lee e Irving DeVore (1968). Además caracteriza los trabajos de los principales evolucionistas y ecologistas culturales, como Sahlins, Service y Steward y etologistas como Tiger.

bien respondió el fenómeno humano de periodos más largos de gestación y de dependencia infantil y de los patrones más complejos de recolección que fueron necesarios para mantener a los niños.<sup>10</sup> Plantea que tal vez la cacería de piezas mayores solamente se podría haber desarrollado posteriormente, en base a este nivel preexistente de habilidades y organización social. Aunque algunas feministas sí han seguido como líneas de investigación a la primatología, la arqueología y la paleontología con el fin de comprender mejor los orígenes de la subordinación femenina,<sup>11</sup> la mayor parte de el debate se ha dado en la antropología social.

Dentro de esta especialidad Karen Sacks ha sido una de sus críticas más destacadas. En 1979, ella dedica una primera sección de su libro, "Sisters and Wives: the Past and Future of Sexual Equality", al análisis de algunas de las corrientes teóricas principales de la antropología. En primer instancia, critica al darwinismo social por atribuir la subordinación femenina a lo biológico. Además, señala que aunque posteriormente el funcionalismo rechaza el concepto de lo innato

como explicación del comportamiento humano, por su implícito racismo, es igual de reduccionista que el darwinismo social. Esta tendencia sugiere que los papeles sexuales responden, en lugar de a factores explícitamente biológicos, a una cuestión de funciones las mujeres paren y crían a los hijos y los varones se dedican a mantenerlos, etc. Vale la pena hacer notar además, que para fundamentar esta explicación, finalmente hay que remitirse a la esfera de lo biológico. Los funcionalistas alegan que tanto la familia nuclear como la condición femenina tal como se encuentran en los Estados Unidos son fenómenos universales e inmutables. Sacks aborda el neoevolucionismo dentro de esta revisión; y si bien acepta los planteamientos generales de este, critica fuertemente la conceptualización de algunos de sus representantes con respecto a las relaciones de género. Cuestiona a Marvin Harris por su marco de análisis y su interpretación de los datos con respecto a la significación que atribuye a la guerra y la agresión masculina en la evolución humana; a la vez destaca el trasfondo político y los errores metodológicos que son evidentes en las posturas de algunos

<sup>10</sup> Briffault (1927) y Elizabeth Gould Davis (1971) plantearon ideas semejantes en las cuales destacan la importancia del vínculo madre-hijo para la evolución humana.

<sup>11</sup> Algunas de las contribuciones más importantes en estos campos incluyen: Barstow (1978); Silberblatt (1978);

Leibowitz (1978); Tanner y Zihlman (1976); Zihlman (1978); Rohrich-Leavitt (1977, 1980); Lancaster (1976, 1978); Müller (1977); Pomeroy (1975); Haraway (1978); los ensayos que componen la antología editada por Dahlberg (1981).

sociobiólogos, tales como Edward Wilso, en torno a las bases genéticas del comportamiento masculino y femenino. Finalmente, Sacks analiza las contribuciones del estructuralismo francés a esta discusión; critica a esta corriente y a algunas antropólogas feministas que se adhieren a ella, por ser históricas en su análisis de la subordinación femenina.<sup>12</sup>

En diversas ocasiones, Eleanor Leacock ha formulado críticas con respecto a la conceptualización de la mujer por parte de las distintas escuelas de la antropología. Casi todas estas contribuciones han sido publicadas en una colección de la autora (1981). Además, Leacock colaboró anteriormente con otra antropóloga, Mona Etienne en la compilación de varios artículos de distintas autoras sobre el impacto del colonialismo en la posición de la mujer en sociedades no occidentales; en la introducción a esta antología prestan atención a los diferentes enfoques antropológicos con respecto a la condición de la mujer. Ellas señalan que tanto la caracterización de la mujer como una esclava en grupos precapitalistas, por parte de algunos de los estudiosos victorianos, o como una ama de casa eterna, por parte de Evans-Pritchard, obedecían razones de índole ideológico al representar, sobre todo, el intento de justificar el *status quo* de las sociedades a las cua-

les pertenecían. Indican además que los estructuralistas franceses (inclusive Meillassoux), al plantear acriticamente el intercambio de mujeres y/o el control masculino sobre las mujeres, presuponen la reificación de las mujeres, tomando por premisa la subordinación femenina en vez de explicar cómo se da este proceso. Aparte de estas críticas, Leacock también ha evaluado las aportaciones de algunas autoras abiertamente simpatizantes del feminismo a las que es más difícil de achacar una postura androcéntrica o etnocéntrica. Señala por ejemplo que Mead (1935, 1949), si bien demostró en sus estudios de sociedades del sudpacífico demostró que el comportamiento femenino/masculino se determina socialmente, catorce años después, en "Macho y hembra" afirmó la existencia de una esencia femenina. Otra autora, Evelyn Reed (1975), en su intento de reinterpretar la relación entre los géneros en el contexto de la evolución humana, termina por sugerir implícitamente que el factor principal en el derrocamiento del matriarcado por el patriarcado fue la agresión masculina.<sup>13</sup> Aunque Reed en este libro trata de ofrecer una arma teórica al movimien-

<sup>12</sup> Dentro de esta crítica Sacks incluye a Rubin y a Ortner.

<sup>13</sup> La existencia pasada de una sociedad matriarcal por lo general ha sido rechazada por los antropólogos, pero entre algunas teóricas feministas y marxistas la inclusión de una etapa matriarcal dentro de la evolución humana sigue vigente. Webster (1975) examina algunas

to feminista, en su confusión termina por hacer lo contrario.

Uno de los planteamientos centrales de Leacock ha sido el de señalar que muy a menudo los antropólogos ignoran cómo han sido transformadas las relaciones de género en las sociedades autóctonas por el colonialismo y/o el imperialismo. En este sentido ella indica que la subordinación femenina que se manifiesta en algunas de estas sociedades no se ha dado propiamente en base a un proceso interno, sino que se ha producido a raíz del contacto con poderes colonialistas o imperialistas.

Tal sería el caso de los grupos más igualitarios, sobre todo los de recolectores y cazadores; en otros, como las sociedades estratificadas no occidentales (v. gr., los Mexicas y los Incas), si bien había opresión femenina, esta se agudizó a raíz de la colonización. Esto se pone en evidencia en varias contribuciones como las de la antología editada por Etienne y Leacock, en las propias investigaciones de Leacock sobre los Montaignais Naskapi (1981) y otras de diferentes autoras sobre varios grupos (Remy, 1975; Van Allen, 1972;

perspectivas feministas sobre este tema. Y relacionado a este punto, lo que se ha detectado en algunos estudios etnográficos y de parentesco es que en las sociedades matrilineales hay menos evidencia de opresión femenina; por mayores detalles, vea Martin y Voorhies (capítulos 7 y 8) y Schneider y Gough (1973).

Rubbo, 1975; Goldsmith, 1974). Los mecanismos a través de los cuales se fomenta o se acentúa el poder masculino son muy variados; incluyen por ejemplo, la endoctrinización moralista a través de misioneros, lo que disminuye especialmente la libertad sexual femenina; la instrumentación de políticas gubernamentales que crean líderes individuales y socavan los medios tradicionales de expresión femenina; la incorporación de los varones a una economía de mercado y como consecuencia, la dependencia económica femenina, (v. gr., se fomentan actividades masculinas, tales como la cacería por la compra de pieles; se introduce la crianza de ganado, en manos masculinas; se promueven cultivos por parte de los hombres, etc.) En todos los trabajos citados, se hace el intento de desmitificar tanto la conceptualización de lo que significa ser mujer en esas sociedades como los beneficios que supuestamente traen consigo el colonialismo y/o el capitalismo. Sin embargo, cabría plantearse también si en un momento dado se ha presenciado la situación contraria; o sea, a raíz del colonialismo o el capitalismo se presentan nuevas formas de explotación femenina, tales como la prostitución o el servicio doméstico, pero preguntarse si éstas sirven como fuentes de poder económico a nivel de la comunidad autóctona o como medios de independización o de movilidad social individual.

La mayoría de las investigadoras feministas suscriben de algún modo

una postura marxista.<sup>14</sup> Por ejemplo, Leacock era abiertamente marxista antes de que se pusiera de moda serlo y a través de los años ha sostenido una postura bastante ortodoxa frente a la subordinación femenina, igual que Sacks.<sup>15</sup> La mayoría, de hecho son más eclécticas en sus perspectivas; por ejemplo Rubin (1975) combina elementos del marxismo, el estructuralismo y el psicoanálisis. En otros casos, como el de Martín y Voorhies, no hay tanta claridad respecto al marxismo. Estas autoras utilizan el marco de análisis de la ecología cultural, mismo que siempre despierta la duda de si no se trata de algún tipo de marxismo disfrazado. No obstante esta abierta simpatía por el marxismo, sus clásicos aunque han servido de inspiración, también han sido severamente cuestionados. Engels, por ejemplo ha sido criticado, no sólo por sus numerosos errores etnográficos,<sup>16</sup> sino también por haber sostenido que los términos de parentesco actuales son evidencia de relaciones biológicas pasadas, en vez de referirse también a relaciones

socioeconómicas (Leacock, 1972). Irónicamente, tanto Marx, como Engels, terminaron por ser algo idealistas con respecto a algunas cuestiones de las relaciones entre los géneros. Esto se hace evidente por ejemplo en Marx, cuando refiere a una división espontánea/natural entre los sexos. También en el caso de Engels, este idealismo se ve patente en su explicación de cómo surge la patrilinealidad y la monogamia supuestamente porque el padre "naturalmente" quiere asegurarse de que su hijo biológico sea su heredero. Las críticas desde una óptica feminista-marxista a algunos de los trabajos de los antropólogos marxistas contemporáneos más destacados han sido básicamente por ignorar a las mujeres en sus estudios o por el mal uso de terminología.<sup>17</sup>

En el intento de encontrar una explicación a los orígenes de la subordi-

<sup>14</sup> En los últimos años, se ha dado un debate sobre la posible incompatibilidad entre la teoría marxista y la feminista. Algunos de los trabajos principales se han publicado en una antología editada por Lydia Sargent (1981).

<sup>15</sup> O sea, que la subordinación femenina surge a raíz de la propiedad privada y la división entre una esfera pública y privada.

<sup>16</sup> Entre los que son de interés para la discusión figuran el planteamiento de que la domesticación de los animales se dio antes del descubrimiento de la agricultura y que los hombres han sido los principales proveedores de alimentos en todas las sociedades.

<sup>17</sup> Entre algunas de las reseñas principales por parte de las antropólogas feministas sobre los marxistas se encuentran: sobre Terray (Molyneux 1977); sobre Meillasoux (O'Laughlin, 1977; McIntosh, 1977 Edholm, Harris y Young 1977); sobre Godelier (Bradby, 1977; Leacock, 1981); sobre varios (Sacks, 1979).

nación femenina se ha remitido muy a menudo al trabajo de Engels. La cuestión de cuál es la base de la subordinación de la mujer fue uno de los temas iniciales de investigación y debate y, hasta la fecha, hay poco consenso tocante a este punto. Hay autoras que consideran que la opresión de la mujer ha sido un fenómeno universal que se ha presentado como una constante durante la evolución humana; en cambio, otras afirman que ha sido un producto histórico.

Además para explicar su existencia, hay una división entre quienes dan primacía a lo biológico o a lo social.<sup>18</sup>

Las investigadoras que consideran a la subordinación femenina como una característica común a todas las sociedades humanas tienden a atribuir ésta, implícitamente o explícitamente, a factores biológicos. Gough, basándose en datos de la prehistoria, primates no humanos, y grupos de recolectores y cazadores, sostiene que la opresión femenina se basa en el dominio que los hombres tienen sobre las armas pesadas y la división sexual de trabajo; estas condiciones se sostienen bajo la amenaza de la mayor fuerza física masculina.

<sup>18</sup> Algunas aportaciones que abordan las diferencias biológicas sexuales, y las implicaciones de estas tanto para el comportamiento como la construcción social de género incluyen Leibowits (1978); Oakley (1972); Martin y Voorhies (1974) y Sullerot (1979).

Argumenta que por esto, los hombres, ya sean maridos, padres o parientes masculinos del lado materno, siempre han dominado a las mujeres.

A la vez, hace notar que las mujeres en los grupos de cazadores y recolectores, son menos sometidas que las mujeres en sociedades estratificadas. Borun y sus colaboradoras (1972), posteriormente, Rosaldo y Lamphere (1971) llegaron a una conclusión semejante, al afirmar que siempre las actividades femeninas son menospreciadas frente a las masculinas y que los hombres siempre ejercen la autoridad máxima en todas las sociedades. Destacan que esto se debe al hecho al que se ha asignado a la mujer la crianza de los niños; aunque Rosaldo (1980) alega lo contrario, queda evidente que cierto biologicismo subyace este argumento.

Sherry Ortner (1974), en un análisis que parte de la dicotomía, "cultura/naturaleza" propone que siempre se asocia a la mujer con la naturaleza, principalmente por el tipo de actividades que desempeña, y que la desvalorización social que padece se debe a esta conceptualización.

Las autoras que sostienen que la opresión de la mujer no se da en todas sociedades, presentes y pasadas, son una minoría.

Casi todas se inspiran en el marco general de Engels, algunas introduciendo pequeñas modificaciones. Entre estas autoras figuran Leacock, Sacks, Rohrllich-Leavitt, Reed, Friedl

y Martin y Voorhies.<sup>19</sup> Básicamente, estas alegan que la posición de la mujer depende en gran medida de los procesos económicos y políticos operantes en una sociedad determinada. Friedl (1975) indica que el control que las mujeres puedan ejercer sobre las relaciones de distribución es clave al *status* femenino. En cambio, Sacks (1974; 1979) señala que el papel que juega la mujer en las relaciones productivas (sobretudo, las referentes a las formas de propiedad y la organización de trabajo) determina si es oprimida o no. En su comparación entre distintas sociedades africanas, ella llega a la conclusión de que el modo de producción en el cual se basa cada una tiene repercusiones específicas para la condición femenina. Entre las sociedades en las cuales no hay clases, y que ella define como organizadas en base al modo de producción comunal y al modo de producción de parentesco corporado (kin corporate), ella alega que no hay subordinación femenina. En contraste, al analizar sociedades que ya demuestran la existencia de clases, encuentra que las mujeres como grupo son socialmente oprimidas, Leacock

(1981) correlaciona la subordinación femenina con el surgimiento de otras formas de desigualdad social; y la atribuye a procesos tales como la creciente especialización del trabajo y la producción incipiente de mercancías. Martin y Voorhies (1974) presentan la postura de señalar que entre los grupos de recolectores y cazadores y de horticultores matrilineales hay relaciones bastante igualitarias entre los géneros. Estas autoras, igual a la mayoría que sostienen que la opresión femenina no es un fenómeno universal, argumentan que existe una complementaridad de los géneros en tales sociedades. Comentan con respecto a grupos de recolectores, específicamente

“... los niveles sociales no se establecen según el tipo de tareas asignada a uno y otro sexo, sino según la destreza relativa con que son llevadas a cabo. Tienen posición elevada por ejemplo, el buen cazador, la recolectora hábil, la mujer que tiene muchos hijos, el que cura a los enfermos o el nigro-

<sup>19</sup> Sanday (1981) propone que la subordinación femenina no se da en todas las sociedades, pero propone un marco de análisis que es algo distinto a los que utilizan las otras autoras. En su búsqueda por los orígenes de la desigualdad entre los géneros, ella se remite principalmente al terreno de lo simbólico. Ella

plantea que cada sociedad, en base a su medio ecológico, su patrón de subsistencia y las diferencias biológicas entre los sexos, construye y adopta un sistema de género; este sistema se expresa simbólicamente en los mitos y otras creencias de una sociedad determinada.

mante. Tanto las mujeres como los hombres pueden alcanzar la grandeza, talentos especiales, posiciones carismáticas, merecer el respeto de la comunidad en la vida cotidiana y alcanzar la sabiduría en la ancianidad". (p. 179).

Leacock (1981) ha subrayado el hecho de que para muchos investigadores resulta difícil conceptualizar la existencia de diferencias, sin que éstas impliquen una jerarquía, dado que en el tipo de sociedad a la cual ellos mismos pertenecen, las diferencias sirven como base de las desigualdades sociales. Una cuestión que queda para profundizar tanto teóricamente como empíricamente es precisamente en qué contextos las diferencias entre los géneros se transforman en desigualdades.

La crítica a la otra posición, la de una supuesta opresión femenina universal se hace a varios niveles. Primero, empíricamente, se cuestiona tanto la universalidad de determinado comportamiento de género, como el prestigio o el desprestigio que se asignan a las actividades masculinas o femeninas. Por ejemplo, se señalan casos concretos en los cuáles las mujeres ocupan puestos de prestigio social, toman parte en decisiones comunitarias importantes, cazan animales o pelean como guerreras; o se presentan casos contrarios, hombres que participan en la crianza de los niños o que manifiestan actitudes pasivas. Segundo, se hace la crítica a las premisas o al desarrollo de la ló-

gica de estos argumentos. Sacks (1979) ha criticado la tendencia en algunos casos de conceder demasiada relevancia a los papeles masculinos a los cuales las mujeres no tienen acceso; ella indica que frecuentemente el/la propio(a) investigador (a) parte de la premisa, no explicitada, de que los papeles masculinos son más trascendentes, por lo tanto, si las mujeres son excluidas de determinadas actividades, son oprimidas. Además esta autora y Leacock (1981) proponen que las posiciones de Rosaldo o de Ortner padecen de cierto estructuralismo ahistórico, dado que se presupone, sin mayor explicación una dicotomía entre la esfera pública y la privada.

En toda esta discusión, lo que se ha hecho patente es que hay mucha ambigüedad en la antropología con respecto al concepto de la opresión femenina; esto se reflejó básicamente en la falta tanto de una metodología para estudiar las cuestiones de género, como de las pautas para interpretar los resultados de la investigación. Por ejemplo, ha habido antropólogos quienes en su intento de mantener el respeto hacia la integridad cultural de otros grupos, señalan que no hay que imponer nuestros valores al interpretar lo que significa ser mujer en esas sociedades. A veces, por este relativismo cultural, se termina por apoyar prácticas claramente negativas como la clitoridectomía, etc. También ocurre que si se parte exclusivamente de una perspectiva emica, se ignora el papel de la ideología de quien interviene al pre-

guntar a la informante qué significa ser mujer para ella. Esto conduce a una romanticización o miopía teórica que a veces ha llevado a caracterizaciones equivocadas con respecto a la posición de la mujer, pues se ha quedado en el nivel superficial de las apariencias. Por ejemplo, existe la caracterización de la mujer tehuana como una matriarca, y también la negación de que hay subordinación femenina entre algunos sectores populares aquí en México, o entre los latinos y los negros en los Estados Unidos, por los papeles significativos que desempeñan las mujeres al interior de la familia. Estos papeles tienen que ser analizados a fondo, puesto que las relaciones entre los géneros pueden asumir una multiplicidad de expresiones y que, en una misma sociedad, o inclusive en un mismo grupo social, puede haber variaciones en estas expresiones. Se hace necesario entonces preguntar el por qué existen tales contradicciones entre las apariencias y/o ideologías y la realidad.

En un intento inicial de abordar la problemática tan compleja de qué es lo que se entiende por opresión femenina, Gough (1971) señaló, refiriéndose al contexto de sociedades de cazadores y recolectores, que los siguientes fenómenos indican el poder masculino sobre mujeres: el control sobre la sexualidad femenina (sea por limitar su expresión o por ejercer la violación y otras formas de hostigamiento sexual hacia las mujeres); el control o el robo de sus hijos; la restricción física de

sus movimientos; la utilización de las mujeres en transacciones masculinas; y la limitación a su creatividad y acceso a los conocimientos del grupo. Leibowitz (1975), en un estudio primatológico, sugirió que el liderazgo que se ejerce en los movimientos de la tropa, los patrones de comportamiento en las relaciones sexuales y el nivel de la participación en la recolección de alimentos, ofrecen pautas importantes para este tipo de estudio. Al abordar la subordinación femenina, Rosaldo y Lamphere (1974) dan un gran énfasis al tema de la menor valorización que se atribuye a las actividades femeninas y a la relegación de las mujeres a la esfera privada. En cambio, Reiter (1977) ha planteado la inquietud de si tales categorías jerarquizadas no constituyen a veces una ficción antropológica. Ella hace el señalamiento de que no se ha comprobado en realidad que los "primitivos" compartimentalicen su mundo en dominios de poder. Ella plantea que al realizar el trabajo de campo hay que tomar en cuenta si las opiniones de los hombres reflejan las de las mujeres y viceversa. En este sentido, sería importante investigar por qué existe un aparente antagonismo sexual muy marcado en algunas sociedades, y cuáles son las bases y la trascendencia real de éste. Por ejemplo, según Mead, entre los Iatmul, cuando los hombres tocaban las flautas sagradas, las mujeres tenían que huir por miedo. Ella observó que las mujeres mayores se burlaban de los hombres alegando que no había nada sobrenatural en el asun-

to, pero de todos modos, huían. Rosaldo (1980) cuestiona seriamente algunas investigaciones que al estudiar los mismos aspectos en una sociedad determinada, llegan a conclusiones totalmente opuestas con respecto a la condición femenina. Por ejemplo, en muchas sociedades hay una serie de conceptos y tabúes que tienen que ver con la contaminación social, que ejerce la mujer, sobre todo al estar embarazada o menstruando o al tener relaciones sexuales, etc. Al preguntar lo que significan estas creencias, a veces se responde que existe un desprestigio hacia lo femenino, o en otras ocasiones, lo contrario, que subyace un temor social, y/o respeto frente al poder potencial de las mujeres. Esta situación responde, por lo general, a la falta de un marco de análisis adecuado y/o al uso primordialmente ideológico de los datos. Además, esta misma autora critica la tendencia de tratar de establecer un rango de opresión de la mujer en sociedades preindustrializadas dado que al hacerlo, se parte de la premisa que existe una esencia femenina universal.

Como se puede observar en esta breve revisión, la mayoría de las investigadoras que abordan los estudios de la mujer, no sólo buscaron dar respuestas a cuestiones transculturales, sino que también intentaron legitimizar su objeto de estudio (las mujeres) dentro de la disciplina de la antropología. Esto se puede ver en las críticas a muchos de los clásicos, a los cuales cuestionaron por sus sesgos y sus prejuicios. Sin

embargo, al explorar este tema, como ya se ha señalado, muchas de las feministas reflejaron poca claridad metodológica. Esto comprendía desde la definición de su objeto de estudio<sup>20</sup> y las preguntas relevantes a plantear hasta la formulación de pautas de investigación e interpretación de datos. En los estudios más pioneros se buscó, sobre todo, recuperar la presencia femenina en las distintas sociedades. No quedó claro que no era sencillamente una cuestión de pegar parches, agregando datos faltantes a un cuerpo ya establecido de conocimientos, sino más bien de construir categorías y sistemas de análisis diferentes. Desde este punto de vista, valdría la pena también hacer notar que si bien la versión de la evolución humana de Slocum es provocativa termina por utilizar en gran medida el mismo marco de análisis que los investigadores a quienes critica, sustituyendo únicamente la cacería por la recolección. Rosaldo (1980) precisó que la problemática principal a la cual hay que enfrentarse no es la escasez de datos con respecto a la condición femenina, sino designar cuáles son las cuestiones relevantes para su estudio.

Sería absurdo pensar que las feministas podrían formular un marco de análisis totalmente novedoso, dado que al construir la teoría y la metodo-

<sup>20</sup> Por ejemplo si había que estudiar a las mujeres como grupo o, en vez, las relaciones entre los géneros.

logía, siempre se parte de un estado dado del conocimiento. Las categorías utilizadas a menudo por estas investigadoras, tales como género, reproducción y patriarcado, ya existían desde antes; pero, lo significativo de este uso más reciente reside en la reconceptualización, la elaboración y el refinamiento que se ha dado de estos términos.<sup>21</sup>

Además, uno de los terrenos que se ha explorado últimamente con más creatividad ha sido el de lo ideológico, sobre todo en torno a los mitos, los símbolos y las creencias que tienen que ver con el género y la sexualidad.<sup>22</sup>

A modo de conclusión, sobra decir que después de poco más de quince años de investigación y debate, las contribuciones de los estudios sobre las mujeres a la antropología han sido sumamente novedosas e importantes. Han llegado a permear el pensamiento

antropológico en sus varias vertientes. En México, tales estudios han tenido una trayectoria más reciente y esporádica.

A nivel de la docencia, los cursos impartidos sobre este tema han sido relativamente escasos. Y, en torno a la investigación, ha habido poco trabajo (sobre todo publicado) llevado a cabo desde una perspectiva propiamente antropológica.

Todavía queda para profundizar tanto lo que la antropología puede aportar al feminismo, como lo que el feminismo puede aportar a la antropología en el contexto de un país multiétnico y pluriclasista como México.

## BIBLIOGRAFIA

ARDENER, Edwin, 1975. "Belief and the Problem of Women, *Perceiving Women*. Comp. por Shirley Arde-

<sup>21</sup> Ver con respecto al término género la discusión de Lamas. En el debate que se ha dado en torno a los conceptos de reproducción y patriarcado, se destacan las contribuciones al número especial de *Critical Anthropology* que fue dedicado a los estudios sobre las mujeres y a la compilación "Of Marriage and the Market" (Young, Wolkowitz y MacCullagh 1981). Bourque y Warren (1981) en su estudio sobre la condición femenina en dos comunidades peruanas, proporcionan un marco de análisis valioso en el que el concepto del patriarcado constituye un eje central.

<sup>22</sup> Mucho de esta discusión se inspira en los trabajos de Claude Levi-Strauss, Mary Douglas y Clifford Geertz. Algunas de las aportaciones pioneras más significantes de las antropólogas feministas incluyen Rubin, O'Laughlin (1974), Ardner (1975); Faithorn (1975) y Ortner (1974). Varios de los trabajos recientes y más importantes se encuentran en las antologías compiladas por MacCormack y Strathern (1980) y Ortner y Whitehead (1981).

- ner, pp. 1-19, Londres: Malaby Press.
- BARSTOW, Ann, 1978. "The Uses of Neolithic Archaeology for Women's Prehistory," *Feminist Studies*, 4.3.
- BORUN, Minda, MCLAUGHLIN, Molly, OBOLER, Gina, PERCHONOCK, Norma y SEXTON, Lorraine, 1971. *Women's Liberation: An Anthropological View*. Filadelfia: Know.
- BOURGUIGON, Erika, 1980. "Introduction and Theoretical Considerations," *A World of Women: Anthropological Studies of Women in the World*, pp. 1-16, Nueva York: Praeger.
- BOURQUE, Susan C. y MARTIN, Kay Barbara, 1981. *Women of the Andes: Patriarchy and Social Change in Two Peruvian Towns*, Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press.
- BRADBY, Barbara, 1977. "Research Note: The Non-Valorisation of Women's Labour." *Critique of Anthropology*, 3 (9-10): 131-138.
- BRIFFAULT, Robert, 1927. *The Mothers: The Matriarchal Theory of Social Origins*, Nueva York: MacMillan.
- CHINAS, Beverly, 1973. *The Isthmus Zapotecs: Women's Roles in Cultural Context*.
- Critique of Anthropology*, 3 (9-10), Women's Issue 1977.
- DAHLBERG, Frances, comp. 1981. *Woman the Gatherer*, New Haven: Yale University Press.
- DAVIS, Elizabeth Gould, 1971. *The First Sex*, Nueva York: G. P. Putnam.
- EDHOLM, Felicity, HARRIA, Olivia y YOUNG, Kate, 1977. "Conceptualising Women," *Critique of Anthropology*, 3 (9-10): 101-130.
- ENGELS, Frederick, 1972. *The Origin of the Family, Private Property and the State*, Nueva York: New World Paperbacks.
- ETIENNE, Mona, y B. LEACOCK Eleanor, 1980. *Women and Colonization: Anthropological Perspectives*, Nueva York: Praeger.
- EVANS-Pritchard, Edward E. 1963. *The Position of Women in Primitive Societies and Other Essays in Social Anthropology*, Nueva York: Free Press.
- FAITHORN, Elizabeth, 1975. "The Concept of Pollution Among the Kafe of the Papua New Guinea Highlands," *Toward an Anthro-*

- logy of Women*, Comp. por Reyna Reiter, pp. 127-140, Nueva York: Monthly Review Press.
- FEE, Elizabeth, 1974. "The Sexual Politics of Victorian Social Anthropology," *Clio's Consciousness Raised: New Perspectives on the History of Women*, Com. por Mary Hartmann y Lois Banner, Nueva York: Harper and Row.
- FIRESTONE, Shulamith, 1970. *The Dialectic of Sex: the Case for Feminist Revolution*, Nueva York: William Morrow.
- FRIEDL, Ernestine, 1967. "The Position of Women: Appearance and Reality," *Anthropological Quarterly*, 40.3: 97-108.
1975. *Women and Men: An Anthropologist's View*, Nueva York: Holt, Rhinehart and Winston.
- GAMIO DE ALBA, Margarita, 1967. *La mujer indígena de Centroamérica, sumaria recopilación acerca de sus condiciones de vida*, Ediciones Especiales 31, México: Instituto Indigenista Interamericano.
- GOLDE, Peggy, 1970. *Women in the Field: Anthropological Experiences*, Chicago: Aldine.
- GOLDSMITH, Mary, 1974. "Women's Position and the Transition from Rank to Stratified Society," Preparada para la 73a. reunión anual de la Asociación American de Antropólogos, México, 27-30 de noviembre de 1974.
- GOODALE, Jane, 1971. *Tiwi Wives*, Seattle: University of Washington Press.
- GOUGH, Kathleen, 1971. "The Origin of the Family," *Journal of Marriage and the Family*, 3 (noviembre): 60-72.
- HARAWAY, Donna, 1978. Animal Sociology and a Nautal Economy of the Body Politic: Parts 1 and 2. *Signs. A Journal of Women in Culture and Society*, 1.3: 21-60.
- HARRIS, Olivia y YOUNG, Kate, 1979. "Introducción", *Antropología y feminismo*, Comp. por Olivia Harris y Kate Young, pp. 9-30. Barcelona: Anagrama.
- HORCASITA DE POZAS, Isabel, 1959. "La posición de la mujer dentro de la estructura social Tzotzil", *Ciencias Políticas y Sociales*, 5: 565-575.
- JACOBS, Sue Ellen, 1974. *Women in Perspective: A Guide for Cross-Cultural Studies*, Urban, Illinois: University of Illinois Press.
- KABERRY, Phyllis, 1939. *Aboriginal Woman: Sacred and Profane*,

- Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Gornick y B. K. Morgan, pp. 393-430, Nueva York: Basic Books.
- KESLER, E. S. 1976. *Women: An Anthropological View*, New York: Holt, Rhinehart and Winston.
- LEE, R. B. & I. DeVore, comp. 1968. *Man the Hunter*, Chicago: Aldine.
- LAMPHERE, Louise, 1977. "Review Essay: Anthropology," *Signs: A Journal of Women in Culture and Society*, 2.3: 612-627.
- LEIBOWITZ, Leila, 1975. Perspectives on the Evolution of Sex Differences, *Toward an Anthropology of Women*, Comp. por Rayna Reiter, pp. 20-35, Nueva York: Monthly Review Press.
- LANCASTER, Jane, 1976. "Sex Roles in Primate Societies, *Sex Differences*, Comp. por Michael S. Teitelbaum, pp. 22-61, Garden City: Anchor Press.
1978. *Female, Males and Families: A Biosocial Approach*, North Scituate, Massachusetts: Duxbury Press.
- LURIE, Nancy, 1966. *Mountain Wolf Woman, Sister of Crashing Thunder: The Autobiography of a Winnebago Indian*, Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press.
- LEACOCK, Eleanor B. 1972. "Introduction." *The Origin of the Family, Private Property and the State*, Frederick Engels, pp. 7-68, Nueva York: New World Paperbacks.
- MAC CORMACK, Carol y STRATHERN, Marilyn, comp., 1980. *Nature, Culture and Gender*, Cambridge: Cambridge University Press.
1981. *Myths of Male Dominance: Collected Articles on Women Cross-Culturally*, Nueva York: Monthly Review Press.
- MARRIOTT, Amelia y GRUNDFEST SCHOEPF Brooke, 1975. "The Politics of Theory: Participant Observation in the United States," *Women Cross-Culturally, Change and Challenge*, Comp. por R. Rohrlach-Leavitt, pp. 389-422, La Haya: Mouton.
- LEAVITT, Ruby R. 1971. "Women in Other Cultures," *Woman in Sexist Society: Studies in Power and Powerlessness*, Comp. por Vivian

- MCINTOSH, Mary, 1977. "Reproduction and Patriarchy: a Critique of Meillassoux's Femmes Greiniers et Capitaux," *Capital and Class* 2.
- MARTIN, M. Kay y VOORHIES, Barbara 1975. *Female of the Species*, Nueva York: Columbia University Press.
- MEAD, Margaret, 1935. *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, Nueva York: William Morrow.
1949. *Male and Female: A Study of the Sexes in a Changing World*, Nueva York: William Morrow.
- MOLYNEUX, Maxine, 1977. "Androcentrism in Marxist Anthropology," *Critique of Anthropology*, 3.9-10: 55-82.
- MULLER, Viana, 1977. "The Formation of the State and the Oppression of Women," *Radical Review of Political Economics*, 9.3: 7-21.
- OAKLEY, Anne, 1973. *Sex, Gender and Society*, Nueva York: Harper and Row.
- O'LAUGHLIN, Bridget, 1974. "Mediation of Contradiction: Why Mbum Women Do Not Eat Chicken," En *Woman, Culture and Society*. Comp. por Michelle Zimbalist Rosaldo y Louise Lamphere, pp. 301-320.
1977. "Production and Reproduction: Meillassoux's Femmes, Greiniers et Capitaux," *Critique of Anthropology*, 2.8.
- ORTNER, Sherry B. 1974. "Is Female to Male as Nature Is to Culture?," *Woman, Culture and Society*, Comp. por Michelle Zimbalist Rosaldo y Louise Lamphere, pp. 67-88.
- y WHITEHEAD, Harriet comp., 1981. *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge: Cambridge University Press.
- PAULME, Denise, comp. 1960. *Women of Tropical Africa*, Berkely, California.
- POMEROY, Sarah B. 1975 *Goddesses, Whores, Wives and Slaves: Women in Classical Antiquity*, Nueva York: Schocken.
- RANDLE, M. C. 1951. *Iroquois Women: Then and Now*, Washington, Bulletin of the Bureau of American Ethnology, 149: 167-180.
- RAPP, Rayna, 1979. "Review Essay: Anthropology," *Signs: A Journal of Women in Culture and Society*, 4.3: 497-513.
- REED, Evelyn, 1975. *Woman's Evolution: From Matriarchal Clan to*

- Patriarchal Family*, Nueva York: Pathfinder Press.
- REITER, Reyna R. 1975. "Introduction," *Toward an Anthropology of Women*, pp. 11-19, *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York: Monthly Review Press.
1975. "Men and Women in the South of France: Public and Private Domains," *Toward an Anthropology of Women*, Comp. por R. Reiter, pp. 252-282, Nueva York: Monthly Review Press.
1977. "The Search for Origins": Unraveling the Threads of Gender Hierarchy," *Critique of Anthropology*, 3 (9-10): 5-24.
- REMY, Dorothy, 1975. "Underdevelopment and the Experience of Women: A Nigerian Case Study," *Toward an Anthropology of Women*, Comp. por R. Reiter, pp. 358-371, Nueva York: Monthly Review.
- RIEGELHAUPT, J. D. 1967. *Salaio Women: An Analysis of Informal and Formal and Political and Economic Roles of Portuguese Women*, *Anthropological Quarterly*, 40.3: 109-127.
- ROHRLICH-LEAVITT, Ruby, 1977. "Women in Transition: Crete and Sumer," *Becoming Visible: Women in European History*, Comp. por Renate Bridenthal y Claudia Koonz, Boston: Houghton and Mifflin.
1980. "State Formation and the Subjugation of Women," *Feminist Studies*, 6.1: 76-102.
- ROHRLICH-LEAVITT, SYKES Barbara y WEATHERFORD Elizabeth, 1975. "Aboriginal Woman: Male and Female Anthropological Perspectives," *Toward an Anthropology of Women*, Comp. por R. Reiter, pp. 110-126, Nueva York: Monthly Review Press.
- ROSALDO, ZIMBALIST Michelle, 1974. "Woman, Culture and Society: A Theoretical Overview," *Woman, Culture and Society*, Comp. por M. Z. Rosaldo y Louise Lamphere, pp. 17-42, Stanford California: Stanford University Press.
1980. "The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-Cultural Understanding," *Signs: A Journal of Women in Culture and Society*, 5.3: 389-417.
- y LAMPHERE, Louise, 1974. Introduction," *Woman, Culture and Society*, Comp. por M. Z. Rosaldo y Louise Lamphere, pp. 1-16, Stanford, California: Stanford University Press.

- RUBBO, Ana, 1975. "The Spread of Capitalism in Rural Colombia: Effects on Poor Women," En *Toward an Anthropology of Women*, Comp. por R. Reiter, pp. 333-356, Nueva York: Monthly Review Press.
- RUBIN, Gayle, 1975. "The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex," Toward an Anthropology of Women, Comp. por R. Reiter, pp. 157-210, Nueva York: Monthly Review Press.
- SACKS, Karen, 1970. "Social Bases for Sexual Equality: A Comparative View," *Sisterhood is Powerful*, Comp. por Robin Morgan, pp. 455-468, Nueva York: Vintage.
1974. "Engels Revisited: Women, the Organization of Production and Private Property," *Woman, Culture and Society*, Comp. por M. Z. Rosaldo y L. Lamphere, pp. 207-222, Stanford, California: Stanford University Press.
1979. *Sisters and Wives: the Past and Future of Sexual Equality*, Wesport, Connecticut: Greenwood Press.
- SANDAY, Peggy, 1981. *Female Power and Male Dominance: On the Origins of Sexual Inequality*, Cambridge: Cambridge University Press.
- SARGENT, Lynda, comp. 1981. *Women and Revolution*, Boston: South End Press.
- SCHLEGEL, Alice, 1977. "Toward a Theory of Sexual Stratification," *Sexual Stratification: A Cross-Cultural View*, pp. 1-39 Nueva York: Columbia University Press.
- SCHNEIDER, David y GOUGH, Kathleen, comp., 1961. *Matilineal Kinship*, Berkeley: University of California Press.
- SILVERBLATT, Irene, 1978. "Andean Women: Gender and the Origin of the State," *Feminist Studies*, 4.3.
- SISSKIND, Janet, 1973. *To Hunt in the Morning*, Nueva York: Oxford University Press.
- SLOCUM, Sally, 1975. "Woman the Gatherer: Male Bias in Anthropology", *Toward an Anthropology of Women*, Comp. por R. Reiter, pp. 36-50, Nueva York: Monthly Review Press.
- SULLEROT, Evelyne, comp., 1979. *El hecho femenino*, Barcelona: Argos Vergara.
- SWEET, Louise, comp., 1967. Appearance and Reality: Status and Roles of Women in Mediterranean Society, *Anthropological Quarterly*, 40.3.

- TANNER, Nancy y ZIHLMAN Adrienne, 1976. "Women in Evolution. Parte I: Innovation and Selection in Human Origins," *Signs: A Journal of Women in Culture and Society*, 1.3: 585-608.
- TIFFANY, Sharon, 1979. "Introduction: Theoretical Issues in the Anthropological Study of Women," *Women and Society: An Anthropological Reader*, Comp. por Sharon W. Tiffany, pp. 1-36, St. Alban's Vermont: Eden Press.
- UNDERHILL, Ruth, 1936. *The Autobiography of a Papago Woman*, Washington, D. C.: American Anthropological Association.
- VANALLEN, Judith, 1972. "Sitting on a Man: Colonialism and the Lost Political Institutions of Ibo Women," *Canadian Journal of African Studies*, 6.2: 165-181.
- WEBSTER, Paula, 1975. "Matriarchy: A Vision of Power," *Toward an Anthropology of Women*, Comp. por R. Reiter, pp. 141-156, Nueva York: Monthly Review Press.
- WOLF, Eric, 1966. "Kinship, Friendship and patron-client Relations in Complex Societies," *The Social Anthropology of Complex Societies*, pp. 1-22, Londres: Tavistock.
1969. "Society and Symbols in Latin Europe and in the Islamic Near East," *Anthropological Quarterly*, 42.3.
- YOUNG, Kate, WOLKOWITZ, Cathy y MACCULLAGH, Rosalyn, comp., 1981. *Of Marriage and the Market: Women's Subordination in International Perspective*, Londres: CSE Books.
- ZIHLMAN, Adrienne, 1978. Women in Evolution. Part II. Subsistence and Social Organization Among Early Hominids, *Signs: A Journal of Women in Culture and Society*, 4.1: 4-20.